

El Planade y la seguridad colectiva internacional

Hugo B. Margáin

El Plan Nacional de Desarrollo 1989-1994 contempla una interpretación novedosa del concepto de seguridad nacional. Durante las amplias discusiones que se desarrollaron en los foros de Consulta Popular, referentes a los Factores Externos y la Política Exterior —en los que por cierto se registró una gran participación—, se llegó a la conclusión de que ha surgido un nuevo concepto: el de la seguridad colectiva. Bien sabemos que en épocas anteriores algunos Estados resolvían sus diferencias apelando a la fuerza y otros asumían una posición de neutralidad. El concepto de seguridad nacional era concebido entonces de una forma diferente a la actual.

El poderoso avance científico y tecnológico alcanzado en la industria militar durante la primera y segunda guerras mundiales hicieron obsoleta la concepción que sobre ese término se tenía, obligando a replantear su verdadero significado. El gran esfuerzo de los mejores talentos científicos del siglo (como Einstein, Lawrence, Fermi, Oppenheimer, etc.), así como el impulso al proyecto del laboratorio de Los Álamos por llegar a construir un arma nuclear de destrucción, y las consecuencias que ésta tuvo en Hiroshima y Nagasaki, nos traen un recuerdo aterrador. Los seres humanos que sobrevivieron a la catástrofe padecieron toda una serie de enfermedades y trastornos biológicos en sus organismos. Hoy, el enorme potencial bélico existente constituye una muy seria amenaza para la totalidad de los países que conforman el globo terráqueo. Las armas atómicas no reconocen fronteras. Y para nadie es ya un secreto que entre más artefactos nucleares haya, la seguridad será menor.

No podemos, por ello, permanecer ajenos a este tipo de procesos que actualmente se están gestando a nuestro alrededor. La llamada política de neutralidad ha dejado de tener vigencia, y nuevos conceptos, como el de invierno nu-

clear, adquieren importancia. Por ello nos cuestionamos si realmente Suiza puede permanecer neutral en una posible guerra atómica, cuando vemos que los graves efectos de situaciones como el problema de Chernobyl se extienden sobre casi toda Europa: Italia, Portugal, la misma Suiza, etc. Hay que hacer notar también, por otro lado, que en un enfrentamiento nuclear no habría triunfadores. Todos estos aspectos han sido contemplados en el Planade, por lo que considero conveniente resaltar su trascendencia. Los principios de política exterior referentes a estos asuntos y retomados en el Plan, tienen hoy una gran actualidad. México ha rechazado siempre los métodos violentos como medio para solucionar discrepancias, que conllevan al empleo de material bélico, y se ha manifestado en favor de alcanzar soluciones pacíficas. El papel desempeñado por nuestro país en Centroamérica a través de Contadora es bastante ilustrado al respecto.

Sería deseable, por otro lado, que los recursos que son invertidos en la fabricación de armamentos fueran destinados al fomento de programas de desarrollo, situación que coadyuvaría a garantizar la paz interna de cada país y la paz internacional. Pero, desafortunadamente, el principio de la cooperación internacional para el desarrollo no ha tenido verdadera aplicación. Un año antes de fallecer, Olof Palme nos daba a conocer la abismal diferencia existente entre los presupuestos de la industria bélica y los de asistencia social. En esa fecha, nos decía, el mundo gastó más de 900 millones de dólares en armas, y sólo 20 mil en educación. Una diferencia abismal que parece indicarnos que la humanidad ha perdido la orientación. Hace poco leía, aterrado, que el primer gran negocio del mundo es el de las armas, el segundo las drogas y el tercero el petróleo. El problema de las armas va muy li-

gado al de las drogas y al de la corrupción, lo que presupone una degeneración brutal de los cuadros que habrán de sucedernos.

Ante este desalentador panorama el Plan establece que México estará siempre presente en todos los foros internacionales existentes, pugnando por el desarme y por el establecimiento de mecanismos impulsores del desarrollo. Todos los países deudores tendremos que hacer gran énfasis en este último punto, pues el pago del 6% del PIB, por concepto de capital y servicio de la deuda, impide el logro de un crecimiento económico significativo. Con la transferencia de recursos que nos vemos obligados a realizar, estamos financiando la industria militar de los estadounidenses. De ahí que nuestra lucha por el desarrollo sea también por la paz y contra el armamentismo.

En Naciones Unidas se ha reconocido esta gran problemática y se han realizado grandes esfuerzos en la búsqueda de posibles soluciones. Así, en 1987 se celebró la Conferencia Internacional sobre la Relación entre Desarme y Desarrollo, en donde se concluyó que resulta imposible alcanzar el desarrollo y continuar sufragando la industria militar. Las potencias están comprendiendo ya tal situación, y han emprendido algunas medidas para modificarla. Mijail Gorbachov fue el primer interesado en reducir el presupuesto de los gastos de defensa.

La novedosa posición de la Unión Soviética con respecto al problema del desarme nos llevó a ejercer una mayor presión sobre Estados Unidos para que modificara su actitud y adoptara una política similar a la de Moscú, pues ello permitiría —afirmamos— liberar recursos financieros necesarios para hacer frente a diversos problemas económicos que afectan a su país y a naciones como la nuestra. Insistimos en que también se reconociera que en asuntos como el de la deuda ellos tuvieron también una responsabilidad importante, lo cual debería hacerlos comprender la gravedad de nuestra situación. Pero no obteníamos respuestas positivas.

Ahora, sin embargo, se ha dado un gran paso. Nicholas Brady, secretario del Tesoro estadounidense, retomando los argumentos de los países deudores, ha reconocido la

necesidad de emplear mecanismos tendientes a reducir la carga de la deuda e impulsar el desarrollo. Sobre este planteamiento ya se está trabajando, y se vislumbra la posible consecución de resultados significativos. Así, finalmente, la posición mexicana ha obtenido un importante reconocimiento. Varios de nuestros postulados expuestos en diversos foros han tenido una respuesta positiva.

Los países del Tercer Mundo deberemos seguir insistiendo en la necesidad imperiosa de alcanzar un pleno y sostenido desarrollo económico, el cual sólo podremos conseguir a través de la eliminación de las armas. Los derramamientos de sangre ocurridos en la periferia por causa de las profundas desigualdades económicas deben terminarse. Ésta es la actitud irreprochable que, de manera más concreta, México defiende en Centroamérica: erradicación de las armas e impulso al desarrollo. En ello insistió de manera constante el Grupo de Contadora, y en eso mismo insisten Esquipulas I y Esquipulas II. Recuérdense las palabras de un presidente centroamericano, quien expresó: "Estamos ya cansados de que ustedes, las grandes potencias, pongan las armas y nosotros los muertos". Cobra importancia aquí el principio de solución pacífica de controversias.

Se hace necesario también el fortalecimiento de los diversos foros de Naciones Unidas, a través de la revitalización de los principios establecidos en la espléndida Carta de San Francisco, donde, después de la Segunda Guerra Mundial se reconoció que la salvación no es individual ni nacional, sino colectiva. Esta urgencia es comprendida en México. Considero por ello trascendental el señalamiento contenido en el Planade que propugna el reforzamiento de los organismos internacionales y de la presencia de México en ellos. En la ONU, el llamado al desarrollo económico, a la consecución de la paz y a la eliminación de las armas, deberá ser constante.

Veo con enorme satisfacción que hoy se están dando pasos importantes en esta dirección: la cumbre de Reykiavick, en donde los mandatarios Reagan y Gorbachov abordaron esta problemática; las nuevas discusiones que se suscitan en la OTAN; el discurso del nuevo presidente norteamericano, George Bush, sobre la reducción de las armas convencionales. Todo esto nos indica que el desmantelamiento de la industria militar, que ya está empezando a

efectuarse, puede alcanzar proporciones muy considerables, y que la disponibilidad de mayores recursos para el desarrollo podría verse favorecida. Ello representaría un avance indudable hacia la consecución de la paz e implicaría acceder a un verdadero estado de convi-

vencia; ésta es la razón del hombre y no la del uso de la fuerza, que termina por asemejarnos con los animales. Hago votos porque la humanidad siga por este camino y me congratulo de que el Planade contemple acciones para coadyuvar al logro de estos objetivos.